

### 3. El chaleco

por Carla Zaccagnini



Fotografías del archivo de la familia de Carla Zaccagnini.

En los años 80 se usaban las camperas muy amplias, como infladas, podía ser de plumas, pero también podía ser de nada, de aire, espacio entre la piel y el nylon. Mi madre tenía una, liviana, sin relleno ni forro, creo, con tres anchas rayas horizontales en los colores de la bandera de Francia: libertad, igualdad y fraternidad. Le gustaba, como todo lo que tenía que ver con ese país: Charles Aznavour, la nouvelle vague, el pollo a la crema, el pato a la naranja, el conejo a la moda de Dijon y los seminarios de Lacan.

Los días antes del viaje fueron agitados. Mi abuela se había instalado con su máquina de cocer en la cocina de nuestra casa, ya habituándose a ocupar los espacios donde se iría a vivir. Se escuchaba el ritmo de la aguja cuando presionaba el pedal y su voz, que opinaba o aconsejaba o recitaba versos rimados, cuando dejaba de hacerlo. La misma constancia de tono, en la voz y en la máquina.

Yo caminaba por las líneas que las baldosas verde-agua dibujaban en el piso –mejor dicho, por las líneas que se dibujaban en el piso entre las baldosas verde-agua, pensando insistentemente que quería tener una hermanita. De vez en cuando lo decía y repetía en voz alta, lo cual llenaba la atmosfera de cierta incomodidad que, sin terminar de entender, me atraía explorar. También hablada de números, hacía cuentas, imaginaba tener más años.

Mi madre entraba y salía, pasaba de un ambiente a otro, sin prisa, sin parar. Bajaba la escalera de mármol blanco con los brazos cargados de ropa limpia, algo áspera por el sol de la terraza. Abría la heladera, llenaba un vaso de agua, contestaba a mi abuela, cerraba la heladera. Buscaba en los cajones,

llenaba la valija. Cruzaba por el pasillo, abría mi placar, cruzaba el pasillo, llenaba la valija. El vaso transpiraba.

Cada tanto, casi sin entrar a la cocina, se probaba el chaleco. El molde de papel. Los ajustes necesarios. El corte de la espalda en una tela de forro, un color neutro llamado de-la-piel. La espalda, la tela doble. Los alfileres. Los dos lados del pecho. Los ajustes necesarios. La tela doble. Las costuras que dibujaban líneas como las baldosas en el piso. Mejor dicho, al revés de las baldosas, que dejan líneas vacías donde no están, las costuras dibujaban líneas en el camino donde la aguja hacía quedar el hilo, separando espacios vacíos entre la tela doble.

En esos bolsillos cerrados por los cuatro costados y regulares como baldosas, iba el relleno. En cada lote, 30 billetes de 100. Dinero suficiente para pagar la segunda mitad de la casa con piscina, condición impuesta por mi madre para mudarse a los trópicos.

Por encima del chaleco, una remera oscura; por sobre la remera, la campera de nylon con los colores de Francia. Por sobre todo el silencio. El secreto. Pocas cosas no se podían decir: lo de los periódicos quemados y lo del chaleco.

En la mano izquierda la valija, en la mano derecha mi mano izquierda. En mi mano derecha mi bolso de mano. En la cartera los pasajes, los pasaportes, la billetera, los cigarrillos. En la puerta la despedida. Luego la fila, los pasajes, el miedo a volar. La llamada, la fila, el control de pasaportes, el detector de metales, el miedo a volar. En mi mano izquierda su mano transpiraba.